



ESTA ASOCIACION NO SE RESPONSABILIZA DE LA OPINION DE LOS COLABORADORES

EDITORIAL

¿Qué hay de nuestra llamada de socorro?

Han pasado casi dos años desde que La Asociación comenzó su campaña de sensibilización de la opinión pública sobre el lamentable estado de conservación en el que se encuentra El Castillo. Ya sabéis, por la información que se ha facilitado a través de La Revista, que una muestra gráfica de ésta situación, junto con todas nuestras firmas, ha viajado a todos los organismos públicos y privados, con las competencias necesarias para ayudarle, tanto nacionales como internacionales.

En los ocho meses transcurridos desde que nuestra documentación está en dichos organismos y en Internet, hemos cubierto uno de los objetivos fundamentales; no sólo los visitantes reales que acuden diariamente a Belmonte son conscientes de la necesidad de recuperar tan extraordinario edificio, también lo son numerosos amigos que nos conocen gracias a la página web. Desde este punto de vista nos sentimos satisfechos y en cierto sentido esperanzados, aunque no puedo dejar de manifestar cierta reserva respecto a esa esperanza de salvación para El Castillo.

Es verdad que algunos organismos nos han respondido manifestando su interés y preocupación, incluso su apoyo, pero algunas de esas buenas intenciones, como las de La Consejería de Educación y Cultura de nuestra Junta de Comunidades (que de

manera lógica supone una de las entidades con más capacidad legal para actuar), parece que se han quedado reducidas a simples palabras de aliento que tras un rápido viaje por la Delegación correspondiente en Cuenca se olvidarán en algún rincón del despacho de su Delegado Provincial, que aún no ha tenido tiempo desde entonces de recibirnos. ¿Es esto un síntoma más de la dificultad jurídica que supone entrar en el escabroso asunto de la desprivatización del Castillo?, o, mucho peor, ¿es una muestra de desidia y de falta completa de preocupación, no sólo regional, sino también nacional, por la recuperación y mantenimiento de nuestro patrimonio histórico? Es probable que haya de todo un poco, y más teniendo en cuenta que organismos como Patrimonio ni siquiera se han manifestado de forma alguna al recibir la documentación, aunque ya estamos acostumbrados puesto que también esperamos alguna manifestación de nuestra propia Administración Municipal, a la que, lógicamente, también le mandamos toda la documentación. ¿También se habrá olvidado del Castillo?

No obstante y cumplido nuestro trabajo en este sentido, seguimos manteniendo la esperanza, convencidos de que ha merecido la pena todo este esfuerzo, y que contribuirá en la consecución del objetivo que todos pretendemos.

Agradecimiento a la Banda de Música

¡Muchas gracias a la Banda de Música!

Agradecimiento a su Maestro y por supuesto a todos sus componentes por ese trabajo y esfuerzo continuo, que a veces pasa inadvertido, pero que está contribuyendo de manera decisiva en el desarrollo cultural de nuestro pueblo. Además del entretenimiento que nos ofrece, está suponiendo, gracias a su escuela, una alternativa de formación muy importante para los jóvenes, en unos momentos en los que se

hace necesario el mantenimiento de unos valores culturales tan importantes para el desarrollo integral de los adolescentes.

Queremos continuar escuchando esos "pequeños" conciertos, alegrarnos con vosotros y saber que estaréis ahí, no sólo para alegría de nuestras fiestas, sino fortaleciendo día a día esa escuela tan necesaria para mantener la tradición musical de Belmonte y el encanto de sus jóvenes y vecinos hacia La Música.

José Manuel Zarco Resa

Un Embajador del Pueblo

El nombre de José A. Lafuente Roldán puede que a muchos de nuestros lectores, de entrada, no les diga nada. En cambio, si lo asociamos a la persona que modeló el Cristo de los Ausentes, figura majestuosa que preside la puerta del Almudí, puede que enseguida lo asociemos a esa persona delgada, de ojos saltones, de carácter amable, habilidoso con la tiza y el lápiz, de profunda cultura y siempre dispuesto hacia los demás, que pasó por Belmonte ejerciendo la docencia en el Instituto Libre Adoptado *Fray Luis de León*, de cuyo centro fue su director.

El pasado día 7 de mayo fallecía en la ciudad de Málaga, donde residía y había ejercido igualmente la profesión que más amaba, la enseñanza, y eso, tratándose de una persona que cultivaba, y de qué forma, otras muchas cualidades. Para la gran mayoría de los belmonteños y belmonteñas de mi generación significó mucho. Su persona la vinculamos a la de un MAESTRO (con mayúsculas) de la Educación, de esos que hoy día la LOGSE pretende *conformar* con cada uno de los profesionales de la enseñanza en nuestro país: cargado de conocimientos, pero sobre todo, cargado de humanidad; capaz de transmitir conceptos y, al mismo tiempo, inculcar valores de respeto, tolerancia, responsabilidad y solidaridad; en una palabra, capaz de educar.

En el sentido amplio del término *educar*, José A. fue un precursor, adelantado al espíritu de la Ley actual, en una época donde el sistema imperante no potenciaba ese modelo docente. Y esos valores los captamos y compartimos todos los

que tuvimos la gran suerte de ser sus discípulos, allá en Belmonte y aquí, en Málaga, algunos de los cuales he tenido la oportunidad de conocer. Todo ello con una personalidad peculiar, ni mejor ni peor, diferente.

Era físico profesional y creador vocacional. Creatividad reflejada no sólo en sus muchos cuadros o esculturas, sino en su producción escrita, componiendo poemas de una gran transcendencia y profundidad espiritual y creando libros de física y matemáticas hechos por él mismo a mano que son verdaderas joyas del lenguaje científico. Estos libros, destinados a sus lectores preferidos, los alumnos, se constituyeron en su momento en herramientas muy valoradas por sus aprendices y por tantos profesionales de la enseñanza profundamente agradecidos.

Pero por encima de su capacidad artística y creadora con el pincel, el barro o la pluma, quisiera destacar sus valores humanos y su facilidad para transmitirlos a aquellos con quienes más disfrutó, sus alumnos. Gran pensador y comunicador, dejó escrito su último poema a la mujer que más quería, su esposa; quizás su último pensamiento creativo, seguro que su último testamento. Con permiso de Dolores, he querido dejar una breve muestra de su creación literaria con éste *su testamento*; cada uno podrá entenderlo de manera diferenciada, pues a cada uno nos sugerirá diferentes interpretaciones y sentimientos, pero no establezcamos deducciones superfluas de matiz religioso, quizás nos equivoquemos.

TESTAMENTO

No tratéis de comprender a Dios.

Aceptarlo sin ideas religiosas.

Y cuando duela el dolor,

llevar la frente alta y permanecer en el silencio.

Y cuando goce el placer,

llevar la frente alta y permanecer en el silencio.

Mi idea religiosa no pretende explicar a Dios.

Lo acepta en su equilibrio.

Nos da a todos un denario

aunque no lo entendamos.

El equilibrio se manifiesta en el cosmos

y en el hombre como parte del cosmos.

Somos cósmicos. Armonía universal.

El no querer explicar a Dios

es como un ahorro de energías.

Un mundo de imágenes humanas

y, por tanto, ajenas a la idea

y que es como perder el tiempo.

Liberado de esa angustia,

sigo el camino junto con Arilá

es su ir hacia Él a través de la muerte.

En ese instante comprenderemos

y nos comprenderemos.

Este es el testamento

que dejamos los seres humanos,

Arilá y yo a los seres humanos.

Estando en Málaga. Lafuente.

Tal como escribiera mucho antes el propio José Antonio en la dedicatoria de su libro "*...en la angustia del silencio*",

Esta metafísica que palpita en las

ideas, medítala en silencio

¿Palparás el misterio si llegas

más allá de mis propios sentimientos?

En la contraportada del citado libro (editado en Málaga por ediciones Edinford, S.A., 1993),

aparece una breve reseña biográfica del autor; y entre otras cosas propias, dice de José Antonio lo siguiente: ...Es autor del Cristo, en bronce, a tamaño natural, conocido como *El Cristo de los Ausentes*, en el pueblo de Belmonte (Cuenca).

He conocido antiguos amigos y compañeros de José Antonio y todos sacan a colación el tema de su vinculación con Belmonte, gracias al trabajo de un Cristo de bronce (su modelado, las dificultades de vaciado de este material, etc.). Muchos de ellos, que no conocen el pueblo, manifiestan su deseo de visitarlo y comprobar *in situ* la obra esculpida; quienes ya han vivido esa experiencia comentan las excelencias del pueblo y confirman las facultades artísticas del creador ...Considero grato recordar la figura de este *belmonteño de corazón* (así se consideró) que estuvo presto para poner su trabajo y su arte al servicio de nuestro pueblo; trabajo que hoy contribuye, no sólo a la configuración ornamental del conjunto urbanístico, sino también a engrandecer sus tesoros artísticos. Sin lugar a dudas, ha sido un *lujo* de embajador para Belmonte.

Desprendido y generoso en su arte, como siempre lo fue, puso en mis manos dos ejemplares del libro anteriormente citado, para, en su nombre, ser donados a la biblioteca municipal. Se trata de un libro de poemas... de angustia existencialista, de búsqueda, de soledad, de transcendencia de lo terrenal. Quizás difícil de entender, en muchos momentos; dificultad que se mitiga conociendo la manera de pensar y de ser, de actuar y de sentir de José Antonio. A pesar de ello, o quizás por ello, creo que merece la pena leerlo, o leer algunos de sus poemas,... están a nuestro alcance.

Juan Antonio Zarco Resa

LA OBRA LITERARIA DE DON JUAN MANUEL

Don Juan Manuel es un atípico escritor por varias razones:

- a) Es el 1^{er} autor español con conciencia de su autoría (preocupación por la transmisión de sus obras).
- b) Es un atípico noble, y fue criticado por dedicar gran parte de su tiempo a escribir:
"et commo quier que yo se que algunos profaçon de mi porque fago libros, digovos que por eso non lo dexare [...] Et pienso que es mejor pasar el tiempo en fazer libros que en jugar a los dados o fazer otras viles cosas" (*Libro infinido*).
- c) Es un innovador del conocido género de los conjuntos de ejemplos o cuentos (como el *Sendebat*, el *Calila e Dimna*, o el *Disciplina Clericalis*). Así, opta muchas veces por actualizar los ejemplos poniendo como protagonistas a personajes contemporáneos suyos, o muy conocidos, y también elimina las referencias eruditas a la antigüedad. Al igual que su contemporáneo Juan Ruiz, se incluye a sí mismo en su obra, y es precursor casi en 300 años del juego de la "*Literatura dentro de la Literatura*" de Cervantes.

Vamos a dar un breve repaso a la obra literaria de don Juan Manuel:

LIBROS CONSERVADOS

De don Juan Manuel se conservan muchas obras, aunque también se han perdido muchas otras. A veces conocemos el contenido por citas y referencias que él hace en las obras que se conservan, y en alguna ocasión contamos con la fecha de composición.

- * *Libro de las armas* - Tratado sobre su familia, sobre las armas de su escudo, la historia de su linaje y muchos recuerdos personales.
- * *Libro infinido, o Castigos y consejos a su hijo don Fernando* -. Es un resumen de consejos sacados de las vivencias del autor.
- * *Libro de los estados o Libro del infante* (1332) - "*Fabla de las leyes et de los estados en que biuen*

los omnes". Muy importante para comprender al infante don Juan Manuel, pues en él se explica que todos los hombres independientemente del estado social al que pertenezcan pueden obtener la salvación del alma, mientras actúen como compete a su condición.

- * *Libro del cavallero et del escudero* - A imitación del *Llibre del Orde de la cavaylería* de Ramón Llull, es una obra de didáctica caballeresca, "*a manera de fabliella*", es decir, articulado como un diálogo entre un caballero y un escudero que quiere ser caballero. El caballero responde a todas las preguntas del mozo y sin limitarse al ejercicio de la caballería, explica cuanto sabe acerca de todas las cosas (Dios, los cielos, el hombre, las bestias...). "*Es muy buen libro et muy aprouechoso*", dice su autor de él.
- * *Crónica abreviada* - Crónica histórica, al estilo de las alfonsíes, que don Juan Manuel conocía muy bien, y admiraba. *La Crónica abreviada* es un resumen de la *Crónica general* de Alfonso X.
- * *Libro de la caza* - El apasionado cazador que fue don Juan Manuel compuso este libro a imitación de otros libros anteriores, y en él quiso condensar su saber sobre el arte de la caza, y especialmente de la cetrería. No sólo incluye el saber teórico, sino también las observaciones prácticas dictadas por su experiencia y la de otros.
- * *Libro del Conde Lucanor et de Patronio* (1335) - Su obra más importante, sobre la que luego volveremos.

LIBROS NO CONSERVADOS

- *Libro de la cavallería* - Con toda seguridad, sería otra obra de didáctica caballeresca también parecida al *Llibre del Orde de la cavaylería* de Ramón Llull, a quien mucho estimó don Juan Manuel.
- *Crónica complida* - Acaso fuese una crónica más extensa que la *abreviada*.

- *Libro de los egegnos* - Versaría sobre las máquinas de asedio y otros ingenios bélicos que se empleaban en las guerras.
- *Libro de las cantigas o Libro de los cantares* - Seguramente debió de ser una colección de poemas de diversa procedencia.
- *Libro del arte de trovar* - Un arte poética medieval.
- *Libro de los sabios* - Nada sabemos de su contenido.
- *Tractado de la Asunción de la Virgen María* - Defensa de la creencia en que María ascendió a los cielos en cuerpo y alma (asunto que andaba aún en discusión entre los teólogos).

Como se puede apreciar, la curiosidad de don Juan Manuel se extiende a muchos campos "útiles": la enseñanza, la cortesanía, la Historia, la poesía, la mecánica, la caza, la teología, la literatura, la teoría sobre la sociedad... Y todo como algo útil, y confrontado con la propia experiencia.

EL LIBRO DEL CONDE LUCANOR ET DE PATRONIO

Lo mismo hace en su obra más famosa: el *Libro del Conde Lucanor et de Patronio*. Recordemos que en el prólogo general al Conde Lucanor, declara el autor:

"Este libro fizo don Johan, fijo del muy noble infante don Juan Manuel, deseando que los homnes fiziessen en este mundo tales obras que les fuesen aprovechosas de las honras, e de las faziendas e de sus estados, e fuessen más allegados a la carrera porque pudiesen salvar las almas".

Y en el prólogo a la obra dice que los hombres:

"atán poco se semejan en las caras, tan poco se semejan en las entenciones e las voluntades: pero todos se semejan en tanto que todos usan e quieren e aprenden mejor aquellas cosas de que más se pagan (que más les gustan) que las otras.

E porque cada omne aprende mejor aquello de que se más paga, por ende el que alguna cosa quiere mostrar [a otro], débegelo mostrar en la manera que entendiere que será más pagado el que la ha de apren-

der. E porque [a] muchos homnes las cosas sotiles no les caben en los entendimientos, porque no las entienden bien, non toman plazer en leer aquellos libros, nin aprender lo que es escripto en ellos. E porque no toman plazer en ello, non lo pueden aprender nin saber así como a aquellos cumplía".

Es decir: don Juan Manuel entiende como finalidad de su libro la utilidad directa y concreta, el provecho de las "*honras, faziendas y estados*", y también la "*salvación de sus almas*", aunque el Adelantado de Murcia y primer vecino ilustre de Belmonte distase mucho de ser un moralista. A continuación explica su método didáctico: ya que muchos hombres no entienden de sutilezas porque éstas les cansan, ha de buscarse una forma que no les canse ni aburra, y para ello procede como "*facen los físicos*" para curar el hígado, que encubren el provecho de la medicina con alguna cosa dulce y gustosa, con el fin de que "*por el pagamiento (el gusto) que el fígado ha de la cosa dulce, en tirándola para sí, lleva con ella la melezina que le ha de aprovechar*".

La estructura de la obra es muy sencilla: El conde Lucanor plantea un problema "*de la vida real*" a su ayo, Patronio. Éste responde con una solución, y para argumentarla, narra un *exemplum* o cuento que ilustrará con más fuerza lo que piensa acerca del "*caso real*". Al final de cada *exemplum* o ensiemplo, don Juan Manuel aparece dando su visto bueno al caso y al ejemplo, y los "*hace escribir*" en el libro, añadiendo después unos versos o viessos que condensan la enseñanza del cuento.

Los problemas que se tratan son los propios de cualquier persona, del siglo XIV o de finales del XX: el conde Lucanor pide consejo sobre un "*fecho que quería fazer*" y que a mucha gente podría parecer mal si lo hiciese, y a otros muchos también si dejase de hacerlo. En otros casos, el Conde se enfrenta a los siguientes problemas: un asunto o negocio muy aventurado sobre el que le aconsejan (IV), un trato provechoso propuesto por un adúlador (V), la sospecha de que algunos vecinos anden tramando algún mal para el Conde (VI), un negocio del que se pueden sacar encadenados

grandes beneficios (VII), sobre prestar dineros cuando no sobran (VIII), sobre la reconciliación de dos enemigos para afrontar un peligro mayor (IX), sobre la penuria económica (X), sobre qué hacer con un hombre que ha pedido un favor y que da largas cuando se le piden otras cosas más pequeñas (XI), sobre qué hacer frente a las amenazas (XII), sobre quienes nos causan grandes males muy a su pesar (XIII), sobre el acumular fortunas (XIV), sobre el miedo y la precipitación al actuar (XV), sobre los peligros de la vida ociosa (XVI), sobre el efecto del orgullo cuando se necesita alguna cosa (XVII), sobre el infortunio que no tiene remedio (XVIII), sobre los engaños de los enemigos (XIX), sobre la desconfianza hacia los embaucadores (XX), sobre cómo enseñar a los mozos (XXI)... Y así hasta 50 ejemplos.

Los cuentos o ejemplos del Conde Lucanor no son originales de don Juan Manuel. La mayoría de ellos provienen de otras colecciones medievales, y muchos son de origen oriental. Don Juan Manuel no es un "autor" como hoy entendemos, un "creador", sino un refundidor de varias literaturas que confluyen en su obra. Lo que sí es original en Don Juan Manuel es esa aplicación de los *ensiempos* a problemas concretos y próximos, que demuestran la relación entre la literatura y la vida.

Patronio, hombre de "entendimiento" ponderado por el Conde, no toma la literatura como algo muerto, como accesorio o como mero entretenimiento: la emplea para que se pueda aprender algo útil de ella. La cultura tiene una aplicación directa en la vida, en la manera de actuar y de conducirse, de buscar el provecho propio y de quienes nos rodean. La cultura no es *algo que aprender*, sino *algo de lo que aprender*. La cultura libresca de Patronio es siempre aplicable a la realidad cotidiana. Es un "saber útil", muy lejano de la aciaga concepción de las Humanidades como disciplina excrecente. Patronio aconseja al Conde gracias a su experiencia no de la vida, sino de ejemplos y cuentecillos que también conforman una experiencia. La experiencia intelectual es pues tan válida y

real como la experiencia directa. Don Juan Manuel combina ambas fuentes -los libros y la vida- en su obra.

Un llamativo detalle de la literatura de Don Juan Manuel es la adecuación al público al que se dirige la obra. Otras suyas distintas del *Libro de los ejemplos del Conde Lucanor* y de *Patronio* están escritas a más alto nivel y con mayores exigencias cultistas. Don Juan Manuel es un hombre que enseña cosas, cosas que ha aprendido en su turbulenta vida y en muchas lecturas. Pero es un hombre que enseña cosas a la gente, y que tiene en cuenta el nivel de quienes le escuchan o leen para dirigirse a ellos.

La idea actual de la cultura libresca se parece mucho a la de un traje elegante. Es deseable tenerla, pero no se considera una necesidad. Este es un grandísimo error. La cultura no consiste en un conocimiento más o menos amplio de datos históricos, artísticos, filosóficos o literarios. La cultura de las Humanidades amplía las ideas, y les da forma. Y además es útil en el sentido inmediato, en la aplicación directa de lo que en ella se aprende a las cosas "reales". Es curiosa esta constante explicación que tengo que hacer y esta continua referencia a "lo real" y "lo libresco", porque Don Juan Manuel entiende mucho más modernamente que ambas son partes de la misma cosa.

La cultura es algo que emana de la experiencia y de la vida, y no algo que yace muerto y ajeno fuera de ella. Don Juan Manuel lo entendió muy bien, y nosotros deberemos entenderlo para que nuestra cultura, que es parte integrante de nuestra vida, no se desmorone poco a poco como ese palacio que iba muriendo en Belmonte desde hace siglos porque nadie lo tocaba. Afortunadamente ahora mismo este edificio se está recuperando, y quiere destinársele a distintas finalidades relacionadas con la cultura; que es la vida, también.

Félix Dativo Donate Aparicio

*Departamento de Lengua Castellana y
Literatura del I.E.S. "San Juan del Castillo"*

RELACIONES TOPOGRÁFICAS DE BELMONTE

Las Relaciones Topográficas de Felipe II fueron encargadas por este rey como un primer intento por conocer toda la geografía española en la segunda mitad del S. XVI. Se trata de unos cuestionarios con diversas preguntas, que se mandaban a los diferentes ayuntamientos españoles, referidas a su situación geográfica, su gobernación, sus aprovechamientos y otras cuestiones de carácter religioso y monumental. Nos centraremos especialmente en las tres primeras.

Primeramente, tenemos que aclarar que hay dos tipos de Relaciones: unas sobre un cuestionario de 1575, con 59 preguntas, y otras sobre un cuestionario de 1578, con 44. Las Relaciones de Belmonte pertenecen a este segundo grupo, ya que el bachiller Pedro Vázquez, alcalde de la villa en aquellos tiempos, las firma en abril de 1579. En Belmonte se contestan a todas las preguntas, excepto a seis, por lo que la fuente es bastante completa para analizar de primera mano cómo era Belmonte por aquellos tiempos.

Para comenzar el análisis, hay que hablar de la situación política y geográfica según lo redactado en las Relaciones, lo que nos va a dar cuenta de la importancia de Belmonte a finales del S. XVI y nos puede hacer conocer algún aspecto de nuestro pueblo todavía desconocido.

A pesar de haber pertenecido a Alarcón durante la Reconquista, en ese momento era de gobernación propia. Al mando estaba el Marqués de Villena, que poseía amplios territorios, llegando incluso hasta la zona de Alicante. Su residencia se establecía en Belmonte, por haber nacido allí, por lo que la importancia y los privilegios del pueblo creció a medida que el Marqués iba consiguiendo más tierras y fama. Él elegía a los gobernadores de cada uno de los municipios, entre ellos el mismo Belmonte, sin caer dentro del gobierno de ninguna de las Órdenes Militares que controlaban gran parte de La Mancha en aquella época. Además del gobernador, el Marqués elegía en Belmonte a un corregidor y un alguacil, dos alcaldes y cuatro regidores. Esto refrendaba una cierta autonomía respecto a otros pueblos más sometidos a las Órdenes o a señores. Belmonte, al ser el lugar de residencia del Marqués, era como una especie de capital de todos sus

dominios, donde acudía gente de otros lugares.

Belmonte se incluía dentro del Reino de Toledo, en el principio de La Mancha y en el fin de la Sierra de Cuenca. Jurídicamente dependía de la Chancillería granadina situada, dicen, a unas 48 leguas, lo que significaría poco más de 250 kilómetros, por lo que la medición se quedó un poco corta, al igual que otras que aparecen en el texto. Eclesiásticamente dependía del obispado de Cuenca. A pesar de tener un término no muy grande, de Belmonte dependían varias aldeas situadas a sus alrededores como Osa de la Vega, Tresjuncos u Hontanaya, que ahora se configuran como municipios propios dentro de la comarca de la Mancha Baja conquense. Así, todos sus dominios limitaban al norte con Villarejo de Fuentes, al sur con El Pedernoso, al este con La Alberca y al oeste con El Hinojoso del Marquesado y El Hinojoso de la Orden, ahora unidos bajo el nombre de Los Hinojosos.

Evidentemente, la situación de Belmonte ha cambiado mucho, aunque la descripción de la ubicación del término es bastante buena. La totalidad de las aldeas que poseía se han convertido en autónomas y su término, según las descripciones, se parece mucho al que hay ahora, con una extensión un poco más alta que la media provincial.

En cuanto a población, consta en las Relaciones que vivían unos 600 vecinos. Si consideramos vecino a cada persona cabeza de familia y suponemos que la media de miembros por familia era de cuatro, esos 600 vecinos pueden equivaler a unas 2400 ó 2500 personas, prácticamente la misma población que tiene ahora, con la diferencia de que ahora es un pueblo pequeño y entonces, con esos habitantes, era un pueblo considerable, incluso con una tendencia al alza en su población. Sin embargo, puede que la población fuera algo menor, ya que se señala especialmente la gran cantidad de clérigos que vivían en Belmonte, por lo que esos vecinos contarían sólo como uno en el total.

Dentro de las propias Relaciones Topográficas, uno de los aspectos más interesantes es el referido a la agricultura. Hay que destacar que a pesar de ser un pueblo donde la población vivía con una agricultura de subsistencia y una precaria ganadería, al igual que todo el mundo

rural de la época, era un municipio con un comercio y unos negocios incipientes, donde la gente de la comarca acudía allí para cambiar o vender sus productos. Esto se denota en el predominio de la vid como cultivo esencial del término, ya que el vino no era un producto de necesidad primaria para la población de la época, por lo que la mayoría de la recolección se iba hacia la zona norte de la provincia. Con lo ganado en la venta de vino se podía proveer al pueblo de productos en los que era deficitario, como el pan, que venía de Villlarrobledo o Socuéllamos; o la sal que venía de Iniesta, esencial para conservar los alimentos y, por tanto, esencial para sobrevivir en el S. XVI. Iniesta es un pueblo situado a una distancia considerable de Belmonte y que, sin embargo, vendía al municipio la sal. Si se venía de tan lejos era porque en Belmonte se podía hacer negocio.

Además de la vid, también había otros cultivos que predominaban en las llanas y buenas tierras de Belmonte. Entre ellos destaca el olivo, destinado a la producción de cierta cantidad de aceite que servía para el autoconsumo, y, en menor medida, las hortalizas y los frutales, debido a la falta de agua de la zona. Como vemos, los productos cultivados necesitan poca agua para su desarrollo, ya que se menciona que el río más próximo era el Záncara, que se encontraba a dos leguas de allí. Sin embargo, el río más cercano a la población era el río Monreal, ahora seco, con lo que podemos pensar que esa respuesta esté equivocada. No obstante, la falta de agua era evidente antes y mucho más ahora, abasteciéndose la población a partir de dos fuentes o pilares, uno de agua dulce y otro de agua salobre para lavar los paños. Ambos se conservan en la actualidad.

Otros usos del suelo eran los destinados al aprovechamiento ganadero. El pastizal no sobraba tampoco en la población durante aquellos años, aunque el poco que había era de buena calidad. El ganado ovino, dominante en Belmonte, se abastecía principalmente en un monte que hay entre Monreal del Llano y nuestro pueblo. En cuanto a los recursos forestales, la escasez de leña en el término se paliaba con la provisión que realizaba de las aldeas y comarcas próximas donde tenía jurisdicción, especialmente en dirección norte y este, donde el terreno se vuelve más abrupto.

Aprovechamiento esencial para la subsistencia era la caza, especialmente de conejos, liebres y perdices. La caza era un recurso bueno porque ésta debía ser bastante abundante, aunque ya se menciona que cada vez era

menor debido a la sobreexplotación que se hacía de ella.

El resto del aprovechamiento vegetal que se hacía del terreno era en base a los matorrales que se criaban, como el esparto, el romero o el espliego que servían como combustible para los hornos de pan y yeso. Destaca también la profusión de tomillo, que servía para hacer miel, y de algunas hierbas medicinales como la corzonera o la lenguaza. Es curiosa la referencia que hace al cultivo de azafrán en estas tierras, algo que ahora no se cultiva para nada, al igual que el resto de los aprovechamientos referidos al matorral, de los que ahora no se da ninguno.

Por último, hay que reseñar que, a pesar de la falta de minas, había canteras tanto de yesos como de piedra franca, lo que solucionaba el problema de los materiales de construcción para las viviendas. Así, los edificios eran de buena calidad y casi todos de yeso, y en menor medida de cal y canto que, aunque hubiera canteras en el pueblo, era más caro. Así, se señala que una primera muralla que rodeó al pueblo fue realizada en yeso, al igual que el Palacio del Infante Don Juan Manuel. Posteriormente se construiría el Castillo y la muralla actual de cal y canto.

Para concluir con una visión global, las Relaciones dejan a Belmonte como un pueblo de renombre en aquellos tiempos. El ser residencia del Marqués de Villena hizo que su población y su importancia creciera. Además, se hace referencia a la posesión de privilegios notablemente favorables. En definitiva, Belmonte poseía un área de influencia bastante grande, siendo el principal pueblo de la comarca, lo que le hizo que no fuera solamente un municipio eminentemente agrario, sino que se desarrollara un cierto comercio e intercambio con otras zonas próximas y otras bastante alejadas del núcleo. Además, la posesión de un hospital y de tres monasterios resalta su importancia, incluso en la cultura, ya que por esa época salieron personalidades tan ilustres como Fray Luis de León. Actualmente, Belmonte es un pueblo pequeño en decadencia, sobre todo, desde la segunda mitad del S. XX, cuando la sangría migratoria le afectó en demasía. Sólo los vestigios de la grandeza perdida le confieren un patrimonio monumental deficientemente explotado como atracción turística.

PARA SABER MÁS:

ZARCO-BACAS y CUEVAS, E. J: Relaciones de pueblos del obispado de Cuenca hecha por orden de Felipe II. Cuenca, 1927. 2 volúmenes.

Raúl Serrano de la Fuente
Estudiante de 3º Geografía

EVOLUCIÓN DE LA POBLACIÓN BELMONTEÑA HASTA EL SIGLO XX

Belmonte, en cuanto a población, es un pueblo venido a menos estrepitosamente. La importancia que tuvo el municipio en otro tiempo le hizo tener una cantidad de población bastante considerable para la época en la que estábamos. Pero la variante poblacional no hace sino confirmar la gran entidad de Belmonte durante toda la Edad Moderna.

De los 2500 habitantes que, aproximadamente, poseía Belmonte en 1579, se pasa a algo más de 3000 en el Censo de Castilla de 1591, sólo doce años después. Si en las Relaciones Topográficas de Felipe II se habla de unos 600 vecinos, en el Censo de Castilla se registran 756, confirmando la tendencia alcista de la población que se relataba en 1579. No obstante, puede que el crecimiento sea un poco excesivo, ya que el rigor de las fuentes demográficas, especialmente en las Relaciones Topográficas, deja mucho que desear todavía. Por lo tanto, más que un dato concreto, la importancia recae en que la población de Belmonte era bastante elevada en tiempos de Felipe II, superando incluso la población actual.

En el S. XVIII, el Censo de Floridablanca de 1787 ofrece un análisis más completo de la población belmonteña. Belmonte tenía, en 1787, 2636 habitantes, lo que supone prácticamente la misma población que dos siglos atrás. Es una población joven y con una esperanza de vida todavía bastante baja, donde la población menor

de siete años era la misma que la mayor de 50, sumando juntos unas 700 personas. Actualmente, por cada niño menor de siete años hay en Belmonte casi 8 personas que superan los 50 años.

La distribución de la población en los oficios y ocupaciones más importantes en 1787 ofrece estos resultados:

<i>Ocupación.¹</i>	<i>Pob. Ocupada</i>	<i>Porcentaje sobre el total de población</i>
Jornaleros	353	13.39
Artesanos	110	4.17
Labradores	98	3.72
Religiosos	97	3.68
Criados	80	3.03
Estudiantes	17	0.64
Abogados	5	0.19
Curas	1	0.04

¹ *Censo de Floridablanca 1787*. Madrid, INE, 1987, Tomo II

La estructura de la población se mantiene anquilosada en el S. XVIII, ofreciendo las mismas características que 200 años atrás.

Los jornaleros suponen más del 13% de la población del municipio, por lo que seguimos en un municipio totalmente agrícola, donde dominan las grandes explotaciones que necesitan de estos jornaleros sin tierra para mantenerla. Los

jornaleros constituían una de las clases más pobres de aquella época, sin poseer nada más que la fuerza de sus manos para intentar sobrevivir día a día trabajando en condiciones infrahumanas. Los labradores, que ya poseían terrenos propios aunque fueran la mayoría ínfimos, suponían el 3.72% de la población de Belmonte, una cifra importante que refuerza la condición de ruralidad del pueblo.

Entre los jornaleros y los labradores estaban los artesanos con más de un 4%. Este dato supone que Belmonte mantenía una buena posición comercial, dato que ya se intuye 200 años atrás en las Relaciones Topográficas de Felipe II sobre Belmonte. Los artesanos nos hacen ver que Belmonte no es sólo un pueblo agrícola, sino que otras actividades fuera de la agricultura y del propio autoconsumo también tenían futuro, y eso sólo podía darse si se colocaban los productos en el mercado. Posiblemente, Belmonte mantuviera una posición de importancia y de hegemonía sobre un área de influencia bastante extensa.

La continuidad también se observa en el aspecto religioso, donde Belmonte no sólo mantenía los tres monasterios del S. XVI, sino que se fundó uno más, por lo que la comunidad religiosa era francamente importante dentro del municipio, aunque sólo hubiera un cura. Esto también era signo de distinción frente a otros lugares.

Los 80 criados que tenía Belmonte en 1797 dicen mucho de su condición y del nivel de vida que pudiera haber en el pueblo. Si había tal cantidad de criados, era porque había gente que los podía mantener. Por tanto, era también pueblo de gente adinerada y, como consecuencia, de buena posición. Frente a ellos, la mayoría, el pueblo llano, pasaba penurias para poder sobrevivir.

Por último, he querido destacar el número de estudiantes y abogados que, aunque escaso en número, tienen una significación a favor de Belmonte, ya que denota que era un pueblo con vida cultural y judicial. Recordemos que hasta bien entrado el S. XX, Belmonte fue cabeza de partido en Cuenca.

Como conclusión, a pesar del dominio del jornalero, la presencia masiva de artesanos, religiosos o estudiantes nos indica que Belmonte seguía manteniendo la influencia y la importancia sobre el territorio que tenía en los inicios de la Edad Moderna, donde vivían personajes con una buena posición económica, desarrollándose como núcleo central y punto de encuentro de toda la comarca.

Pilar Forné Montón

Profesora del I.E.S.

"San Juan del Castillo" de Belmonte.

PARA SABER MÁS:

- ZARCO-BACAS y CUEVAS, E, J: *Relaciones de pueblos del obispado de Cuenca hecha por orden de Felipe II*. Cuenca, 1927. 2 volúmenes.
- *Censo de Castilla 1591*. Madrid, INE, 1985.
- *Censo de Floridablanca 1787*. Madrid, INE, 1987. Tomo II.

LA ASOCIACIÓN INFORMA

• III Concurso de Cuentos y Leyendas:

Reunido el Jurado, el día 22 de Julio de 2001, formado por:

- D. José Manuel Zarco Resa (Presidente de la Asociación)
- D. Pedro Pablo Jiménez Fernández (Vicepresidente de la Asociación)
- D. Luis Andújar Ortega (Párroco de Belmonte y Cronista de la Villa)
- D. Félix Dativo Donate Aparicio (Jefe del Seminario de Lengua y Literatura del I.E.S. "San Juan del Castillo")
- D^a Cristina Almodóvar Moreno (Concejala de Cultura del Ayuntamiento de Belmonte)
- D^a Gema González Araque (Secretaria de la Asociación) que actuó como tal en el concurso.

ACORDÓ CONCEDER:

- EL PRIMER PREMIO a D. Ignacio Villagrán Teresa por la leyenda titulada "AFYANA" y escrita con el seudónimo de Olegario Vidal.
 - EL SEGUNDO PREMIO a D. Enrique Campos Fernández por el trabajo "TIEMPOS DE XENOFobia" y escrito con el seudónimo Diego Díaz.
- (Ambos trabajos se publican en esta revista)
- 1^{er} ACCÉSIT a D. José Angel González Sánchez por el trabajo "Breve crónica de juventud de los dos maestros" y escrito con el seudónimo Martín Manrique.
 - 2^o ACCÉSIT a D^a Luz Campos Fernández por el trabajo "Las cien Avemarías" y escrito con el seudónimo "Una monja soñadora".

(Los accésit se publicarán en la próxima revista)

- En la revista anterior se enumeraban los distintos sitios a los que se mandaban nuestros CD con las inquietudes y las fotografías relativas al mal estado de nuestro Castillo. Hemos recibido algunas contestaciones pero sólo hay una con un cierto compromiso que es la del Consejero de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha y que publicamos.
- Hace pocos días tuvimos ocasión de ver el programa de TV Gran Prix en el que participó nuestro pueblo con éxito. Promociones de este tipo son las que se necesitan para dar a conocer nuestro patrimonio.
- Nos llegan rumores de que la Universidad de Castilla-La Mancha tiene interés en establecer un convenio con el Ayuntamiento de Belmonte como ya lo tiene con otros pueblos. No estaría mal que el Ayuntamiento saliera a su encuentro.
- Una nueva Escuela Taller reanuda los trabajos en el Palacio de D. Juan Manuel y el Ministerio de Fomento tiene preparados 100 millones para invertir en la torre de la Iglesia y en las murallas ¡Bien! El problema sigue siendo el Castillo.
- Una de cal: Se está arreglando la plaza del Pilar y al parecer con gusto.
- Otra de arena: Demasiados solares sin vallar, demasiadas fachadas y testers sin blanquear, demasiadas hierbas y papeles por las calles...



El Consejero

SR. D. JOSÉ MANUEL ZARCO RESA
PRESIDENTE DE LA ASOCIACIÓN CULTURAL
INFANTE DON JUAN MANUEL
C/ Gabriel Barahona, 15
16640 Belmonte (Cuenca)

REGISTRO UNICO Servicio Central de la Junta de Castilla-La Mancha	
29 MAR 2001	
Salida Nº	Entrada Nº
65.002	

Consejería de
Educación y Cultura

Toledo, a 26 de marzo de 2001

Estimado José Manuel:

Acuso recibo de su escrito de 19 de marzo, relativo a la conservación del Castillo de Belmonte (Cuenca), y agradezco el CD-ROM que le acompaña, donde se da cumplida información gráfica sobre las deficiencias de conservación del mencionado castillo.

Le comunico que, con esta misma fecha, doy traslado del asunto a nuestra Delegación Provincial de Cuenca, para que se interese directamente en el mismo, y examine la posibilidad de prestar apoyo económico cualificado a aquellas intervenciones en el castillo que puedan considerarse más necesarias.

Reciba un cordial saludo.



III CONCURSO DE CUENTOS Y LEYENDAS

PRIMER PREMIO

"AFYANA"

No vale la pena esperar de la vida más de lo que ya está escrito en nuestro destino. Ese destino cruel e implacable que establece la frontera entre la suerte y la fatalidad, entre la dicha y la desventura. Ese destino sádico y brutal que todo lo decide y determina. Desde el día y la hora en que nacemos hasta el momento en que hemos de abandonar este mundo.

Este era el pensamiento que venía atormentando a Alberto tras los acontecimientos vividos en las últimas semanas. Una amarga experiencia que le dejaría marcado para el resto de sus días. Hasta entonces, se había mostrado escéptico e indiferente con todo aquello que tuviera que ver con lo esotérico y sobrenatural. Un mundo que él consideraba propio de mentes débiles y calenturientas. Y ello a pesar de que, por su carácter depresivo y fatalista, era más dado a asumir su existencia como un hecho trascendental y profundo, que a tomarse la vida como un divertido e ingenuo juego de niños.

Siempre había gozado de buena salud y la entrada en los cuarenta no había resultado especialmente traumática, gracias según él, al espíritu juvenil que le daba su soltería. Pero en los últimos meses habían comenzado a manifestarse esos primeros signos que le recuerdan a uno que la juventud no es eterna. Y Alberto que, siendo como era un aprensivo incorregible, no necesitaba mucho para preocuparse, empezó a pensar que aquello que le habían encontrado en el último chequeo no

auguraba nada bueno, pese a que el Dr. Azuera ya le había asegurado que no tenía importancia. Pero él, lejos de tranquilizarse, interpretaba aquellas palabras como el gesto compasivo que se tiene con los desahuciados, viendo en el tono empleado por el médico, un claro mensaje subliminal que la anunciaba su inminente final. Y es que él era así: un hombre lleno de contradicciones, con un carácter que se movía entre la jovialidad y el derrotismo, entre la vitalidad y el abatimiento. Y esta alternancia se complicaba aún más, si cabe, por un marcado toque hipocondriaco que le hacía obsesionarse por cualquier alteración de su estado de salud, por muy insignificante que fuera.

Aquella mañana se levantó malhumorado. ¡Vaya nochecita! No había terminado el ajeteo de la pareja del piso de arriba, cuando apareció el camión de la contrata vaciando el contenedor de vidrios. Y eso ocurría a las dos de la madrugada y en una ciudad moderna donde la autoridad municipal había emprendido una cruzada contra la contaminación acústica, y por menos de nada precintaban un bar de copas o una imprenta de portal, por pasarse del límite con los decibelios. Para colmo, una pesadilla terminó por amargarle el resto de la noche. Una pesadilla cuyas imágenes recordaba con asombrosa claridad: un valle verde cubierto por la niebla, un árbol solitario en lo alto de una loma, un viejo caserón con la inscripción "Afyana" en su fachada. Y un diario abierto por una de sus páginas, en la que aparecían manuscri-

tas varias líneas, con trazos irregulares, que terminaban con lo que se suponía era el nombre de su autora: "Yaila". En su sueño oía una voz de mujer. Una voz débil, lejana, repitiendo unas extrañas palabras: "Atuye inayáncana". Luego aquellos números: "7 10". Aquellos horribles números que, adoptando la forma de grotescas figuras humanas, se abalanzaban sobre él al ritmo de una danza frenética y demoníaca, contorneándose entre gritos y carcajadas y exudando una sustancia gelatinosa que despedía un olor nauseabundo.

Pese a lo incoherente de su sueño, no le extrañó este último detalle, ya que eran el 7 y el 10 los dígitos que aparecían en el display del despertador, un artilugio *Made in Taiwan*, en el momento en que éste lanzaba al aire y a toque de corneta, los sonos del *Séptimo de Caballería*. Era aquélla, la primera imagen con la que se encontraba, de lunes a viernes, a las siete y diez de la mañana cuando, arrancado de su gozosa placidez, abría los ojos con desgana y se entregaba resignado a la cruda realidad. La realidad de todos los días. Se aseó, tomó un café bien cargado y salió a la calle. El cierzo, frío y cortante, se hacía sentir aquella mañana. Por el camino volvió a acordarse de los análisis -y si ya estuvieran los resultados... no, será mejor esperar- pensó mientras aceleraba el paso para no llegar tarde a la oficina.

Eran las ocho y diez cuando introdujo la ficha. Se sentó en su puesto y encendió el ordenador. En la pantalla podía leerse el siguiente mensaje: "Sr. Bielsa: ha llegado usted doce minutos más tarde. Se le recuerda que, según el artículo 45 del Reglamento de Régimen Interno, se le sancionará con diez días de suspensión de empleo y sueldo si vuelve a incurrir en otro retraso en el plazo de un mes. Teclee Enter para confirmar la recepción de este mensaje". Un nuevo método de control de presencia, ideado por Mister Morrison, el nuevo director de la sucursal de Zaragoza, desde que la empresa americana Flanagan & Company había ad-

quirido la agencia de investigación y cobros donde trabajaba. Alberto abrió la carpeta de nuevos expedientes y se dispuso a ojear la documentación existente. En el monitor aparecía, moviéndose a ritmo de vals, el eslogan utilizado como salvapantallas en todos los ordenadores de la oficina: "A la búsqueda del moroso enmascarado". Otra de las buenas ideas de Mister Morrison, consistente en gratificar, con un viaje al Caribe, al empleado que consiguiera la mayor recaudación durante el semestre. Porque para el Mister, los morosos eran unos seres indeseables que tenían la habilidad de esconderse, como las ratas, en agujeros inmundos y pestilentes. Unos seres que había que exterminar sin compasión y a cualquier precio. Y qué mejor para esa noble tarea que aplicar a sus empleados las nuevas técnicas de motivación, experimentadas con éxito por la moderna escuela de psicología empresarial de Harvard, una de sus pasiones.

Alberto ocupó el día en la preparación del trabajo de campo que debía realizar durante la semana. La labor de investigación resultaba la más atractiva y la que más iba con su carácter intuitivo, tenaz y observador. Cualidades a las que había que añadir, como buen aragonés, una nada despreciable dosis de tozudez y obstinación. Cuando terminó la jornada, regresó al apartamento y se acostó temprano. El sueño le venció en pocos minutos. No había transcurrido una hora cuando se despertó sobresaltado. De nuevo la pesadilla de la noche pasada: el viejo caserón, el árbol, la inscripción. La imagen confusa de lo que podía ser una señal de carretera con el indicativo de *Belmonte*. Y la voz de la mujer, suplicante y desgarradora, implorando aquellas palabras: "Atuye inayáncana".

La pesadilla volvió a aparecer en las noches siguientes. Siempre eran las mismas imágenes, los mismos detalles, la misma voz. La misma percepción de familiaridad, de estar reviviendo su pasado. Una sensación que resultaba aún más extraña

ante aquella extraordinaria facilidad con que recordaba todos y cada uno de los detalles de su pesadilla. Algo inusual en él. La tensión le impedía conciliar el sueño, por lo que se levantó, encendió un cigarrillo y se conectó a Internet, como solía hacer en las noches de insomnio, bastante frecuentes en las últimas semanas.

Aunque en otra situación habría calificado aquello de absurdo, Alberto se encontraba frente al monitor, abstraído en la idea de buscar algún indicio que le llevara a encontrar una respuesta a su pesadilla. Una búsqueda que no tardó en dar sus frutos con la aparición de Afyana, una población marroquí situada en la región de Yabala. *Bel monte*, sin embargo, se correspondía con cantidad de topónimos y nombres de poblaciones españolas ubicadas en Cantabria, Asturias, Cuenca, Palencia, Madrid, así como en las provincias aragonesas de Zaragoza y Teruel, localizándose, igualmente en la región portuguesa de La Beira y en la costa atlántica brasileña.

El hallazgo resultaba, cuando menos, desconcertante. El no había estado nunca en aquellos lugares, ni recordaba nada que pudiera justificar la aparición de aquellos nombres en su pesadilla. Pensaba en alguno de sus viajes, o en los libros que había leído recientemente, o en algún cliente de la empresa, quizás... No, era imposible. Y aunque trataba de convencerse de que todo ello no era más que una absurda casualidad, no podía huir de aquella extraña sensación de familiaridad. Era como si una voz interior le estuviera diciendo que sí, que en algún momento de su vida, él había estado en aquellos lugares. La situación empezaba a convertirse para Alberto en un problema realmente angustioso. Por ello recurrió a Miguel, un amigo y compañero de oficina.

- Lo siento. Para mí, esto no tiene ni pies ni cabeza- fue la respuesta de Miguel después de escuchar el relato de Alberto.

- Te repito que esas imágenes las he vivido en

alguna parte. Y esa frase... esa frase me dice algo, la he oído antes...

- Como no haya sido en alguno de tus viajes a países exóticos, ya me dirás. Mira, se me ocurre que podríamos hablar con Susana. Como filóloga, tal vez te pueda ayudar... aunque la verdad, esta historia me resulta ridícula.

- Si va a ser problema, déjalo.

- No, no es eso. Pero comprenderás que ir con semejante embajada...

Miguel contactó con Susana y le puso al corriente del asunto. Ambos habían vivido juntos hacía algunos años y aunque él nunca hablaba de ello, no era difícil imaginar los motivos por los que habían tomado la decisión de seguir cada uno por su lado, lo que nunca había sido impedimento, por otra parte, para que continuara existiendo entre ellos una sincera amistad. Susana trabajaba en la Universidad como profesora adjunta en el departamento de filología, compaginando su tarea docente con la dirección de un grupo de investigación en lenguas antiguas. Algo que él nunca llegó a entender: cómo una mujer joven perdía el tiempo, la vista y algunas cosas más, enmoheciéndose entre códices, pergaminos y libros viejos. A los pocos días, Miguel acudió con Alberto al despacho de Susana, tras haber recibido una llamada de ésta en la que le comunicaba que podía darle alguna información al respecto. Susana se encontraba acompañada de otra mujer.

- Antes de nada os presentaré a Pilar. Es una compañera del departamento. He de aclarar que desde que vi la frase, tuve la sospecha de que se trataba de una expresión árabe. Por eso recurrí a ella. Es experta en lenguas africanas.

- En efecto. Susana tenía razón -intervino Pilar- aunque siendo más precisos, diría que podría tratarse de un antiguo dialecto beréber, que se hablaba en la Península durante la época de la ocupación árabe.

- Eso es imposible -intervino Alberto sin ocul-

tar su crispación- cómo puedo haber soñado en beréber, si no sé ni una palabra.

- Sí, ya me lo imaginaba. Pero lo cierto es que analizando en profundidad lo que tú crees haber oído en tus sueños, resulta sorprendente el parecido con la expresión "*Atuye ibn na yáncana*". Para empezar, *Atuye* es, en uno de los dialectos del kwayama, el imperativo en segunda persona del verbo venir. En cuanto al resto de palabras que conforman la frase, me atrevería a decir que todas ellas tienen alguna relación con vocablos pertenecientes a lenguas de la familia del beréber, que se utilizan en la actualidad en el África septentrional. Así pues, *Ibn* significaría hijo en árabe y la partícula *na*, equivale al posesivo *de* en lengua wolof. Y por lo que respecta a *yáncana* -hizo una breve pausa, abrió el libro que tenía encima de la mesa por una de sus páginas y continuó la explicación leyendo entre líneas -*Yáncana*, llamado también *Jáncana*, es el nombre de un personaje de leyenda que se ubicaba en el centro y sur de Castilla, así como en algunas regiones de Extremadura y Castilla-La Mancha. Un personaje mitológico al que se le atribuían poderes maléficos- dejó el libro y continuó la explicación- ya sabes, creencias populares. Con todo ello, concluiríamos diciendo que la frase de tu sueño podría ser: *Ven, hijo de Yáncana*- aseguró mientras la escribía en una cuartilla- aunque, para serte sincera, creo que... en fin, no tiene mucho sentido, ya que tú no has podido soñar en una lengua que no conoces. Mira, si quieres un consejo, no pienses más en ello. En mi opinión, todo esto no es más que una simple cuestión de casualidad. Nada más.

- Eso será -dijo Alberto- No obstante me interesaría leer ese libro. Te lo devolveré en unos días.

- Cómo no. Puedes llevártelo.

Cuando Alberto regresó a casa, se entretuvo en examinar las notas que había escrito Pilar en la cuartilla. Pensaba en aquella misteriosa frase: "*Ven,*

hijo de Jáncana". Se sirvió una copa, se acomodó en el sofá y se dispuso a leer el libro que le había prestado la mujer: un tratado etnográfico de una prestigiosa editorial. En él aparecían infinidad de leyendas y cuentos fantásticos, dispersos por toda la península. Algunos de ellos narraban milagros de santos o extrañas apariciones de vírgenes. En ocasiones, los relatos se asociaban a la vida rural y se recreaban en historias de pastores y labriegos. Otras veces, se trataban de leyendas moriscas en las que se contaban amores desdichados entre moras y cristianos: "*...En la localidad vallisoletana de Alcazarén es conocida la leyenda de la Mora Axnín ...similar relato puede encontrarse en Cuenca, con la leyenda de La Ventana de la Mora, donde se narra la historia de una hermosa mora, enamorada de un militar cristiano, cuya muerte trágica la lleva a recluirse en un convento...*". Pero lo realmente asombroso era la cantidad de leyendas en las que las moras se aparecían como seres encantados o poseídas por seres demoníacos: "*... Por la región de los Montes de Chinchilla se conoce la leyenda de La Mora Encantada, en la que se cuenta cómo una mora vivió durante más de cien años oculta en una cueva... Esta leyenda aparece también en la Sierra de la Calderina donde, al parecer, se le apareció una vez a un hombre una mora que había sido encantada por una jáncana. Estas jáncanas o juáncanas, eran seres mitológicos que habitaban en las cuevas. Como rasgo principal, sólo tenían un ojo en mitad de la frente, lo que les emparentaba con los cíclopes legendarios, como el Ojancano de Cantabria o las Janas de la isla de Cerdeña. En algunas comarcas manchegas, las jáncanas adoptaban caracteres masculinos y se aparecían en forma de culebra o de bola de fuego. Así, en la población conquense de Belmonte es famosa la leyenda de la mora Yaila, que fue poseída por una jáncana...*".

No podía dar crédito a lo que acababa de descubrir. Aquello abría la posibilidad de encontrar una respuesta a sus pesadillas, al haber encontra-

do un nexo de unión, al menos geográfico, entre *Belmonte* y *Yaila*. Por lo tanto, su sueño podía tener algún fundamento. Sin embargo, no dejaba de parecer extraño que Pilar no hubiera reparado en aquella evidencia. Por un momento tuvo la impresión de que la mujer ocultaba algo, al haber zanjado el asunto de aquella manera tan brusca, aconsejándole sin más que se olvidara de todo. Era obvio, por otra parte, que él no podía haber soñado en una lengua desconocida, con lo que todo se debería a un cúmulo de coincidencias, como sostenía Susana. Y aquél habría sido el motivo por el que la mujer no había mostrado un excesivo interés en buscar una explicación a sus pesadillas, más allá de lo puramente casual y anecdótico. Pero no, su sueño no podía ser producto de la casualidad, pensaba Alberto, que no podía reprimir su obsesión por llegar al fondo de aquel misterio. Por eso, no lo dudó. Aprovecharía unos días de vacaciones para acercarse a Belmonte.

Cuando llegó al pueblo volvió a percibir la misma sensación de familiaridad que había tenido en sus sueños. Y aunque era consciente de que *Afyana* se encontraba a muchos kilómetros de aquel lugar, presentía que no debía estar muy lejos. Se acercó a la plaza y llamó a la primera casa que encontró. Un viejo abrió la puerta. Su semblante cambió de repente cuando Alberto pronunció el nombre de *Afyana*. La mujer que se encontraba en el vestíbulo le gritaba: *¡Es él, Martín, es él. No se lo digas!* Y el viejo cerró de golpe. Desconcertado, se dirigió hacia el vehículo, cuando fue abordado por un hombre de mediana edad.

- ¿Qué es lo que quiere saber de *Afyana*? -le espetó el hombre sin mediar palabra.

- Estoy buscando si hay por aquí algún lugar con ese nombre.

- Sí lo hay -dijo airado- pero es mejor que no se acerque.

- ¿Y está... muy lejos? -preguntó Alberto.

- No podrá decir que no le he advertido. Cuan-

do salga del pueblo, siga la carretera a Rada. A unos tres kilómetros, coja el camino de la derecha y llegará a la casa -el hombre dio media vuelta- ¡Ese lugar está maldito, maldito! -exclamó mientras se alejaba.

Sin terminar de entender aquel inesperado percance, se dispuso a seguir las indicaciones que le acababan de dar. Al llegar al cruce se adentró por un camino sin asfaltar. Era patente que por allí no había pasado nadie en mucho tiempo ya que la vegetación había invadido gran parte de la calzada, haciéndola intransitable. Dejó el vehículo y continuó a pie. Un frondoso pinar se extendía a ambos lados. Miró al frente y pudo distinguir entre la espesura, los muros de una casa. Aquel paisaje oscuro y silencioso era la fiel reproducción de las imágenes vividas en su pesadilla. Se detuvo frente a la casa, una sobria construcción en piedra que, pese a su aspecto ruinoso, mantenía la fachada en buen estado. Encima de lo que fue la puerta principal, lucía un escudo en el que podía distinguirse la figura de un águila, con un nombre en su parte inferior: *Afyana*.

Un cúmulo de sensaciones se agolpaban en la mente de Alberto en aquellos momentos. Tenía ante sus ojos la clave que le podía llevar a descifrar su pesadilla y, de nuevo, aquella voz interior le decía que no debía continuar, que diera media vuelta y se alejara de allí. Pero su curiosidad, esa rabiosa curiosidad que ya le había jugado más de una mala pasada, le incitaba a seguir adelante. Intentó penetrar en el interior pero le fue imposible, pues gran parte de la techumbre se había derrumbado e impedía la entrada, por lo que se decidió a explorar los alrededores de la casa. Sobre una pequeña elevación situada en la parte posterior, reconoció el árbol de sus pesadillas. Se aproximó. Junto al árbol y semioculta por la maleza, se hallaba una losa clavada en la tierra. Al retirar las zarzas que la cubrían, pudo apreciar con dificultad algunos signos, aislados e ininteligibles,

entre los que se encontraba la inscripción R.I.P. Intentó leer el resto de la leyenda, arrancando el musgo adherido a la superficie, pero resultaba del todo imposible dado el lamentable estado de la piedra. Un rebaño de ovejas se acercaba por un sendero que comunicaba con la casa.

- Buenos días. ¿Puedo preguntarle qué hace usted aquí? -le requirió el pastor.

- Bueno... yo es que...

- Perdone -continuó moderando el tono- Es raro ver a alguien por estos alrededores.

- Sí. Ya me imagino.

- ¿Cómo dice?

- Por lo visto, debe haber una maldición en torno a esta casa ¿no?

- ¿Cómo lo sabe?

- Acabo de estar en Belmonte.

- Pues sí, así es. Esta fue la casa de los Bedoya. Su historia viene turbando la paz de esta región desde el siglo pasado, lo que supongo, le traerá a usted sin cuidado, no siendo de aquí.

- Se equivoca. Es justo el motivo por el que he venido desde Zaragoza.

- ¿Me está usted hablando en serio? -el hombre le miraba con cierta desconfianza.

- Créame. Tengo mucho interés. Es muy importante para mí.

- En ese caso le contaré todo lo que sé. Esta es la casa de los Bedoya. La hizo construir Teodoro Bedoya, un militar nacido en Belmonte, destinado en las posesiones españolas de Africa. De allá vino retirado, después de haber sido herido en una pierna reprimiendo una insurrección. Volvió acompañado de su esposa, una mora bellísima llamada Yaila, con quien había contraído matrimonio por aquellas tierras. Era deseo de la mujer que llevara el nombre de Afyana, el pueblo donde ella había nacido. Según cuentan, con la mora vino la maldición. El mismo día que puso los pies en Belmonte, un rayo mató a un rebaño de más de cien cabezas. Justo allá arriba -y señalaba un pequeño rellano al

otro lado de la vaguada- a este suceso siguieron otros, hechos extraños que nunca se habían conocido en el pueblo. Pero lo peor fue aquel día. Aquello fue tremendo.

- Conoce usted bien la historia de esta casa.

- Sí. Le confieso que en un tiempo llegó a suponer una obsesión. Consultaba libros, registros, panteones... He olvidado decirle que hace años trabajé de maestro en Osa de la Vega. No se lo imaginaba ¿verdad? Lo mío no era la enseñanza. Para qué le voy a contar. Luego me salió esto y... en fin. Como le decía, el matrimonio llevaba casado algunos años y todo el mundo daba por hecho que ya no tendrían hijos. Según parece, el Superior de los Trinitarios se había hecho a la idea de que, al no tener descendencia Teodoro Bedoya, dejaría toda su hacienda al monasterio. Pero se equivocó.

- Al fin tuvieron un hijo.

- Bueno... no precisamente. En la tarde del 7 de enero, el pueblo se vio sorprendido por un suceso sobrenatural. Estaba cayendo una copiosa nevada en todo el valle. El cielo se iluminó de repente y una inmensa bola de fuego quedó suspendida en el aire, justo encima de la casa de los Bedoya. Durante el tiempo que duró aquello, un ruido ensordecedor se escuchó en el pueblo, hasta que la bola de fuego desapareció en dirección al Cerro de Cártama.

- De haber sucedido ahora, se diría que había sido un OVNI.

- No lo sé. El caso es que aquello fue el principio del fin. Al poco tiempo se supo que Yaila estaba embarazada. En otras circunstancias... la gente... ya sabe, habría pensado otra cosa, pero tratándose de aquella mujer...

- ¿Qué quiere decir?

- Que estaba descartado que la esposa hubiera faltado... vamos, que hubiera sido infiel a su marido. Y por otra parte, era evidente que Teodoro Bedoya no podía tener hijos.

- ¿Y entonces?

- Esa era la cuestión. La gente empezó a pensar que se había quedado embarazada de Jáncana, que es como se le llama aquí a la bola de fuego. La leyenda de Jáncana...

- Sí, ya la conozco -le interrumpió Alberto- pero eso es absurdo.

- Hombre... aunque es conocida la tradición de esta región en lo que se refiere a leyendas e historias fantásticas, la verdad es que, en aquella ocasión, sobraban razones para pensar que todo ello era cierto, ya que un siete de octubre, justo nueve meses después de la aparición de Jáncana, Yaila trajo al mundo un precioso niño. La madre murió en el parto. Según cuentan, en el momento en que el niño rompió a llorar, la mujer lanzó un grito aterrador que llegó a oírse en toda la comarca. Y luego expiró. La gente estaba convencida de que aquella mujer había parido una bestia, pero no fue así. De ello dieron buena cuenta las mujeres que se ocuparon de amamantar al niño, al que el padre puso el nombre de Tomás. Los restos de la mora reposan justo aquí -y señaló la lápida.

- Desaparecería entonces toda la leyenda negra, ¿no?

- En absoluto. Todo el mundo recordaría el 7 de octubre como una fecha maldita -en ese momento Alberto miró a la lápida, recordando los números de su pesadilla.

- Aquel día -continuó el hombre- un sinfín de catástrofes, de desgracias y muertes misteriosas asoló este pueblo. Y esa maldición vuelve a repetirse ... no sé pero me parece que le estoy aburriendo.

- Qué va, siga, siga -solicitó impaciente Alberto.

- Tomás crecía fuerte y robusto. Un día enfermó y su padre le llevó a la bruja de Monreal. Ya sabe, una curandera. Por aquel entonces no había médicos por aquí y la gente acudía a ella. Cuando la mujer vio al niño, entró en trance y pronunció

estas palabras: *"Este es el hijo de Jáncana. Cuando llegue el día que señale la mitad de su vida, vendrá Jáncana a marcar a su hijo, como se marca al ganado. Y cuando el hijo muera, vendrá a marcar al hijo de su hijo y así hasta el fin de los tiempos"*.

- ¿Qué quería decir la bruja con esas palabras? -preguntó Alberto.

- Que Jáncana vendría a dejar una señal visible en el cuerpo de su hijo y cuando éste muriera, vendría a dejar la señal en el cuerpo del hijo de su hijo... y así hasta el fin del mundo, por decirlo de alguna manera. Y siempre en el día que señalase la mitad de su vida. Lo cierto es que Teodoro Bedoya regresó a su casa sin dar crédito a las palabras de la bruja. Por otra parte, el hijo se mostraba como un niño normal y nada hacía pensar que tuviera algún signo extraño en su comportamiento. Al cabo de unos años murió Teodoro Bedoya y Tomás se casó con una mujer de Tresjuncos. Se veía feliz al matrimonio. Tuvieron un hijo. No había cumplido el niño un año cuando desaparecieron madre e hijo, sin dejar rastro alguno de su paradero. Pasado el tiempo, un tratante dijo haber visto a la mujer por algún pueblo de Soria.

- ¿Qué raro, no?

- No lo crea. Al poco de nacer el niño, Tomás pasó de ser una persona sociable y cordial, a convertirse en un hombre huraño y siniestro, que evitaba salir de casa, frecuentar el pueblo... Fue al cabo de unos años cuando se descubrió la verdad y se supo que la mujer había huido despavorida de aquella casa. Resulta que un pastor que frecuentaba estos lugares se atrevió a acercarse a la casa de los Bedoya. Aprovechando la oscuridad de la noche, se asomó a una ventana. ¡Dios, lo que vieron sus ojos! -el hombre hizo una pausa.

- Continúe -solicitó Alberto impaciente.

- Luego le explicaré lo que vio el pastor. El caso es que el pobre hombre volvió a su casa aterrorizado y perdió el juicio. Su familia le llevó a la

bruja de Monreal. La mujer, ya anciana, miró a aquel hombre, entró en trance y repitió las mismas palabras, tal y como lo había hecho con Teodoro Bedoya. Aquello fue su perdición, porque al revelar el secreto, cayó fulminada. Jáncana condenó a su alma a vagar por el mundo sin descanso. Y cuando se acerca el día señalado, es ella quien llama al hijo de Jáncana -Alberto estuvo a punto de salir corriendo y huir de aquel lugar, que ya empezaba a resultar tenebroso, pero su interés por conocer el final de la historia, le retuvo. El hombre continuó el relato -al fin se cumplió lo que la bruja había pronosticado. Nadie sabe dónde se encuentran los descendientes de Tomás, pero lo cierto es que, desde entonces, los habitantes de este pueblo han seguido viendo la bola de fuego. Era yo un niño cuando en 1.958...

- Pero aquello ya estará olvidado -le interrumpió Alberto.

- Qué va. Por desgracia, esa maldita bola de fuego ha vuelto a aparecer hace un par de meses, dejando un rastro de muerte y de dolor. Oiría lo del accidente del autobús de línea en Villaescusa, ¿no? Pues fue ese mismo día. Una tragedia. Y ahora, ¿entiende porque la gente no quiere oír hablar de Afyana? Porque saben que mientras esta casa siga en pie, mientras los restos de la mora reposen en este lugar, no podrán librarse de Jáncana.

- Pero queda algo por aclarar. ¿Qué vio el pastor?

- El pastor miró por la ventana y allí estaba Tomás Bedoya, con el torso desnudo, los brazos extendidos, los ojos enrojecidos y aullando como un lobo. Y vio con claridad cómo una mancha morada ocupaba gran parte de su pecho. Una mancha en la que pudo distinguir claramente la imagen del diablo -al oír aquello, Alberto no pudo reprimir un gesto de espanto- ésa era la marca de Jáncana, una mancha en el pecho. Al poco tiempo Tomás Bedoya apareció ahorcado. Aquí, junto a

los restos de su madre. Para cuando vino el enterrador, el cuerpo había desaparecido misteriosamente. Aunque en un principio se pensó que alguien se había deshecho de él, las investigaciones no llevaron a ninguna conclusión clara del asunto. Pero la gente estaba convencida de que fue Jáncana quien había venido en busca de su hijo. De hecho, cuando bien entrada la noche se dirigía el enterrador a recoger el cuerpo, sintió un ruido extraño, seguido de un resplandor en el cielo. Al aproximarse a la casa, vio la bola de fuego suspendida en el aire, justo sobre el árbol. Y aunque su afición etílica le llevaba con frecuencia a ver alucinaciones, nadie dudó de la veracidad de aquel suceso. Había muerto el hijo de Jáncana, pero todo el mundo sabía que el día señalado, la bruja de Monreal vagaría errante hasta encontrar a aquel niño que desapareció en brazos de su madre. Y la bola de fuego volvería a posarse encima de esta casa...

Alberto era incapaz de escuchar nada. Mientras el guarda terminaba con el relato, él permanecía absorto, con la vista fija en la lápida. Luego dirigió una última mirada a la casa y se despidió del hombre. Anochecía al llegar a Zaragoza. Iba a ducharse cuando sonó el teléfono.

- ¿Alberto Bielsa?

- Sí. Dígame.

- Buenas tardes. Soy el Doctor Azuera. Ya han llegado los análisis. Puede estar tranquilo que lo de la mancha en el pecho es benigno.

Colgó el teléfono. Miró por la ventana. La luna se reflejaba en las aguas del Ebro, radiante y seductora. Entró en el baño y se desabrochó la camisa, dejando el pecho al descubierto. Sus ojos comenzaron a enrojecer...

Y un aullido, triste y desesperado, rompió el silencio de la noche.

Ignacio Villagrán Teresa.

Seudónimo: Olegario Vidal

III CONCURSO DE CUENTOS Y LEYENDAS

SEGUNDO PREMIO

IMSOMNIO DE DIEGO DÍAZ (1), MORISCO BELMONTEÑO,
TRAS SU PASO POR LOS CALABOZOS DE LA INQUISICIÓN.

"TIEMPOS DE XENOFOBIA"

No puedo dormir. ¡Son tantos los sentimientos que se agolpan en mi cabeza! Ayer, todo festejos a mi regreso a casa. Parabienes de los amigos que tanto me ayudaron con sus declaraciones en el proceso, comentarios sobre reacciones de convecinos, consejos sobre como habremos de comportarnos en el futuro... Cuando nos dejaron, ¡con qué furia y ganas he podido usar de mi mujer tras tantos interminables meses en los calabozos de la Inquisición!

Después he tenido que salir a la calle. Necesito el aire. La noche está fresca y serena. Ladra algún perro y maullan unos gatos encelados. ¡Dios mío! ¡Cuánto he echado de menos todo esto! Y cuántas dudas sobre si debo seguir en Belmonte o dirigirme, de nuevo no sé dónde, por si existe el lugar donde vivir en paz, libre cada uno para creer o no creer, comer o no, vestirse como quiera... sin tener que fingir y engañar, y sin ser más o menos por el dios al que sigas.

¿Pero acaso es la enemistad entre moriscos y cristianos viejos un problema religioso o es quizá, una vez más, un problema de ricos y pobres? Con los judíos también se alegó -y continúa- conflicto religioso ¿pero no lo era de control de la riqueza y el poder?

Lejos quedan ya los días en que nací en Daimiel. Con diecisiete años -corría el 1609- dejé

la agricultura en la que ayudaba a mi familia y fuimos expulsados de España. ¡Cuánto oí lamentarse a mi padre en el largo camino hacia el exilio! Todos decían que se veía venir. La península había sido devota de Alá, y siguió fielmente las normas de Mahoma, su profeta. Y fueron los cristianos los que nos fueron desalojando. Al principio les interesó dejarnos en sus tierras. Mudéjares nos llamaban. Nadie como nosotros dominaba conocimientos medicinales, el trabajo del cuero y la madera, el riego de las huertas... Pero ni el color de la piel, ni nuestra habla y costumbres eran de su agrado. Y poco a poco la presión se fue haciendo mayor.

Cien años antes de nacer yo prohibieron a mis gentes profesar su fe. ¡Todos debíamos convertirnos al cristianismo! Moriscos nos empezaron a llamar. ¡¿Pero puede alguien cambiar unas creencias por decreto?!... Y empezaron las persecuciones, las expulsiones. La convivencia se tornó enfrentamiento perpetuo: Que si no comes carne de cerdo, que si no echas tocino a tu olla, que si cocinas con aceite, que si comes carne durante la cuaresma, que si hablas algarabía... sin duda todo excusas para seguir marcando una diferencia entre clases. Para seguir relegando a los míos a los estratos más bajos del campesinado, a los oficios que los cristianos viejos, cada vez más, van viendo indigno realizar. Y, cuando

políticamente interesó, fuimos expulsados. ¿Qué dificultad había para aniquilar una comunidad acéfala y dispersa?

Pero yo no aguanté ni quince días los lamentos de mi familia en San Juan de Luz, tras la frontera francesa y, con mi paisano Francisco Moreno, inicié el regreso. No duró mucho nuestra temeridad ya que, en Haro, fuimos prendidos. Allí caté, por primera vez, la indeseable prisión durante tres meses, al cabo de los cuales fuimos devueltos al proveedor general de Veobia, quien nos hizo retornar a San Juan de Luz con nuestras familias.

Sólo seis meses aguanté en esta ocasión "*la parla gascona*" y esa humedad del Cantábrico que se mete hasta los huesos. Con el hatillo cargado de experiencia inicié mi segundo regreso. Anduve por Madrid y cual no sería mi maña que, de nuevo en Daimiel, llegué a trabajar hasta para el Informador del Santo Oficio. Pero, en tu propio pueblo, es difícil pasar desapercibido, y siempre hay quien quiere mal a un morisco. No llegó a los diez meses cuando ya estaba, con otros de mi condición, preso y camino de Cartagena. Allí nos embarcaron hacia Argel.

¡Qué dulce la brisa mediterránea! ¡Qué paraíso la playa de Sorgel donde desembarcamos! ¡Qué sentimiento de ser recibido por gente de los tuyos!... Pero no duró mucho. Tampoco era tierra de libertad. Hubo que comer sentados en el suelo, acomodar nuestro vestido a las túnicas y turbantes del lugar, acostumbrarse a ver -mejor dicho, a no ver- a las mujeres ocultas hasta la extenuación... y a cosas más trascendentes. A decir verdad, la circuncisión tampoco me importó. Preferí ir voluntario a que me la hiciesen forzado y en peores condiciones. El dolor del momento, el escozor y las molestias de los días siguientes, creo que compensaron. Gané en inte-

gración con el momento y el lugar, y en el uso de un coito diferente. Un glande expuesto se torna menos sensible, y permite un acto más acomodado a la hembra... aunque quizá eso me lo ha dado la mayor experiencia y la edad.

Pero si esto lo acaté, no sé si hasta con agrado, otras costumbres del lugar me produjeron la repulsa. No fue la menor el gusto que los hombres tienen por los jóvenes, que hasta los compran como esclavos para yacer con ellos. Y algún requerimiento sufrí, y algún lugar tuve que dejar de frecuentar para no verme en prácticas sexuales que en nada hubieran sido de mi agrado... Así que, tras una época de trabajos en el puerto, en cuanto pude, me enrolé en una saetía de moriscos de Aragón, y no fue tanto la experiencia de pescador la que adquirí como la de asaltos y hurtos a cuanto la mar nos puso a tiro. Y, a la primera ocasión que vi alcanzable la costa de España, me arrojé a la mar y llegué nadando hasta Tortosa.

No sé si el frío del tiempo que estuve entre las aguas o las penalidades de los días posteriores, alejándome de la costa temeroso de mover sospechas, me levantaron unas fiebres y pasé los peores días de mi vida, hasta entonces. -Hoy ya nada es comparable con mis días asediado por el Santo Oficio-. Creí todo perdido y, en Zaragoza, entregado a mi suerte, me dejé conducir al hospital, dónde me confesaron antes de entrar. No recuerdo ni qué pude decir. Cuando uno está tan cerca del creador no alcanza a distinguir si es moro o cristiano el dios que espera. Pero debí ser veraz y encontré a quien mover compasión. El caso es que, en pocas semanas, estaba de camino hacia San Juan de Luz. En el hospital recibí sabios consejos: "*Morisco y circuncidado... mejor salir por propia voluntad y por lo menos buscar el cobijo de los tuyos*". Pero la suerte no

me acompañó. Supe, ya en Francia, de mis padres y hermanos. Unos habían muerto y otros habían tornado a España. Y, ante mis ansias de volver, otros moriscos me dijeron que no lo hiciese sin hacerme antes perdonar el pecado de mi circuncisión y que esto sólo se absolvía en Roma. Y hacia allí me dirigí. Pero quiso la suerte que llegando a Avignón me topase con dos clérigos franceses. Ellos me informaron que allí había obispo y nuncio que tenían competencia para absolver tales pecados y hasta me facilitaron una capa para que entrase. Problemas con la lengua hicieron que ni el obispo ni el nuncio pudiesen entenderme y terminé en manos de un fraile que pasó por Toledo tiempo atrás. Me confesó y absolvió y por él tuve la seguridad de que el mismo efecto cursaba su perdón que el de los anteriores, y, conformado, pude regresar a España.

Dando tumbos pasé por Perpignan, Gerona, Barcelona y Valencia donde tuve acomodo con un oficial de cortar carne, del que mucho aprendí del oficio que luego me sirvió para desenvolverme por Orihuela, Manzanares, Mota del Cuervo y Belmonte. Y, aquí estoy. Y cuando uno ya no está solo, que mueve mujer e hijos, parecen llegados los tiempos de serenar el cuerpo y fijar raíces. Y así me vi envuelto en este negocio de mesonero que tanto me place por el trato continuo con la gente y que, llegada ya la cuarentena, no tiene uno el cuerpo para los ajetreos y esfuerzos de la juventud.

Y todo lo tendría por bueno si, con la prosperidad del negocio y mi celo en su buen funcionamiento, no me hubiese granjeado la envidia de otro mesonero de la localidad, alguno de sus parientes y, sobre todo, la de María Hernández, que en mala hora permití que entrara como criada en mi casa.

Me sube la cólera sólo el recordar su nombre. Sucia, mentirosa, alcahueta y borracha. Si seguía en mi casa, me traería la ruina al negocio no sé si antes por los dichos que entraba y sacaba del mesón o por la cantidad de vino que se trajinaba. Así que, antes de perder negocio y mujer -que en algún asunto de faldas también me quiso liar- la puse de patitas en la calle, y no sé que le dolió más, si perderme a mí o a mi vino, y estoy por creer que lo primero, porque lo segundo pronto lo encontró en casa de Antonio Malo y su mujer, María de Laguna, mesoneros también y que miraban con malos ojos mi prosperidad. Y se juntó el hambre con las ganas de comer. Mi antigua criada con ansias de venganza, la competencia deseosa de perderme de vista, y algún otro, que nunca falta si se trata de hacer méritos ante el Santo Oficio, y ahí me tienes con la Inquisición metida en mis pucheros.

No sé si será el relente de la noche o el mal recuerdo, pero se me ha puesto el cuerpo entero de carne de gallina, y al estómago me ha vuelto el nudo de aquellos días y que tantos meses me ha roído las entrañas.

Estoy seguro, ellos son -así los señalé como enemigos cuando la defensa de mi causa- los que fueron ante el Santo Oficio con los trajines de si yo guisaba con aceite y no echaba tocino ni manteca en la olla, de si comía carne en cuaresma, de si no enseñaba las oraciones a mis hijos y no iba a misa, de si recogía en el mesón a moriscos del valle del Ricote y hablaba con ellos la algarrabía, de si me lavaba y cambiaba de camisa los viernes y hasta de que dormía en cueros.

Gracias que son más los que en Belmonte bien me quieren. Que aprecian mi buen genio en el mesón. Hasta algún cristiano viejo me debe algún favor que bien recompensó avisándome la llegada del Santo Oficio. Y por las tapias trase-

ras de los corrales pasamos a la vecindad bienes con los que han podido ir tirando mi mujer y mis hijos. Y aunque confiscaron y subastaron algunas de mis pertenencias para sufragar mi estancia y proceso, hoy doy gracias por estar libre y porque con lo que me ha sido devuelto y las ayudas prometidas de amigos y vecinos creo que podré levantar el negocio.

Ahora, cuando sólo me restan los efectos de la penitencia pública no sé qué ha sido más duro: Mi prendimiento, los calabozos de la Inquisición, las declaraciones, el temor al tormento... Aunque quizá lo peor hayan sido los largos meses de incomunicación. El dar vueltas a la cabeza sobre cómo estarían los míos, de quienes serían mis denunciantes -aunque poco se me despintaban-, de qué habrían podido acusarme, a quiénes estarían llamando a declarar...

Ayer ya empezaron a ponerme al corriente de las idas y venidas. Creo que me queda aún mucho por saber de mi proceso. Y creo que tendré mucho que agradecer: Al doctor Vázquez, quien declaró que en alguna ocasión me autorizó a comer carne en tiempo de precepto por cuestiones de salud -aunque, cuando el Inquisidor lo atornilló, asegurase que no tenía su autorización para la cuaresma de 1632-, a los que declararon que me veían ir a misa, a los que lo hicieron de haberme visto comer tocino, a los que testificaron que me ponía camisa limpia en domingo, a quienes con toda urgencia enseñaron alguna oración a mis hijos... aunque quizá nunca sepa quienes o que circunstancias han hecho que durante mi causa Antonio Malo y su mujer, así como María Hernández, hayan desaparecido de la localidad sin que nadie sepa su paradero. ¿Huyeron arrepentidos del mal hecho o quizá temerosos de sus posibles consecuencias?

Lo cierto es que a su desaparición -dado que

no permitió sustanciar suficientemente mi proceso-; a los que antes dije que me ayudaron; a mi propio ingenio y a la providencial declaración de D. Bernardino de Cuellar y Medrano (2) debo mi libertad.

Mi propio ingenio porque después de lo mucho que en mi vida me he visto obligado a andar y las gentes que he tenido que tratar, creo que ya voy conociendo al personal sólo con verlo y sé por dónde hay que entrarle. Así al fiscal, con aire de cristiano nuevo, que son los peores, le anduve razonando que con mis clientes jamás hablé algarabía sino valenciano, que lo aprendí cuando en aquellas tierras me instruía en el oficio de cortar carne, o como mi circuncisión me la habían hecho a la fuerza, así cómo forzado estuve a vestir y comer como moro estando en Argel. Y cómo confesé con un fraile cautivo simulando que jugaba una partida de cartas, o cómo mis conocimientos de la mezquita de Argel se debían sólo a una visita hecha por curiosidad fuera de todo horario de oración.

Con los miembros del tribunal hube de adoptar en algún momento aires de hombre simple al que le ocurren las cosas por su propia ignorancia, y así tuve que extenderme en la descripción de costumbres turcas de tal modo que entendiesen que si alguna vez había podido tener ganas de abrazar la ley de Mahoma, las muchas rarezas que por aquellas tierras vi me las hubieran quitado. Y alegué que por allí todo lo hacen al revés: orinan alzándose la camisa y bajándose los calzones como mujeres, como éstas van tapadas hasta los ojos, cómo andan con zapatos sin orejas y comen tirados por el suelo. Pero en lo que más atención ponían era en cuestiones relacionadas con asuntos carnales y así hube de exagerar mi escándalo, pero no privarles de detalle, de cómo gustan de aparearse con muchachos y

cómo algunos padres, moriscos granadinos que son cristianos, no osan dejar a sus hijos de hasta veinte años de la mano por temor de que los moros de Argel se los quiten para usar mal de ellos.

Y a fin de cuentas, a lo que más vueltas le dieron fue a mi circuncisión. ¡Por los clavos de Jesús! ¡Qué obsesión! Que cómo había sido, que si los moros no fuerzan a nadie a tomar su fe ni imponen la circuncisión. ¡Qué manía por un pellejillo de más o menos en tus vergüenzas! ¡Y cuánto ganarían cortándoselo muchos cristianos que sienten dolor al yacer con sus mujeres! ¡Y cuánto más limpias, sin restos de inmundicias, tenemos nuestras partes los circuncidados!

En este momento es cuando empecé a creer en lo que llaman ángel de la guarda. En mi caso me dijeron que tenía nombre de D. Bernardino de Cuéllar y Medrano. Un conquense hidalgo que había estado cautivo en Argel. A él le preguntaron si a los moriscos que llegaban se les obligaba a circuncidarse y a tomar la ley y vestidos moros. Y resultó que D. Bernardino dio peros y señales de cómo oficiales de Argel forzaban a la circuncisión incluso a declarados cristianos y cómo algunos incluso habían muerto en el trabajo de no dejárselo hacer. Informó hasta cómo era usual que todos los moriscos de Valencia llegaran ya circuncidados, los de Aragón la mitad y los de Castilla y Andalucía ninguno lo estaba. Sabía incluso el nombre del fraile de la orden de la Stma.

Trinidad, fray Bernardo de Monroy, que tuvo un breve de su Santidad para absolver a todos los moriscos católicos que se hubiesen circuncidado.

Pero no se quedó ahí, sino que testificó también cómo los moros permiten entrar a sus mezquitas a mujeres y cristianos cuando ellos no están en la sala ni es tiempo de oración ni predicación, y cómo procuran a mujeres y muchachos que se vistan a su usanza para persuadirlos a su ley.

Así que D. Bernardino creo que fue decisivo para mi salvación, pues aunque el fiscal consideró que, al ser un solo testigo, yo debía pasar a tormento, pasado a votos, el juez dictaminó que era inocente y que debía ser absuelto, si bien tras una severa reprimenda y penitencia pública por haberme dejado circuncidar.

Hace rato que los gallos pregonan el día y comienza a clarear por los cerros del castillo. Benito Lucas atraviesa la plaza con la borriquilla camino de su huerta. Con el dedo índice señalando al cielo me saluda. He arqueado las cejas y sonreído, pero mi brazo ha sentido el peso inquisitorial y no he podido devolverle la contraseña de "Alá es único". No sé si éstas son ya horas de volver al catre con tantas cosas que tengo que hacer. Pero seguro que un buen comienzo para mi nueva vida es que mis entumecidos huesos reciban el calor de la mujer que dentro me espera.

Enrique Campos Fernández

Seudónimo: Diego Díaz

NOTAS:

- (1).- El proceso de Diego Díaz, originario de Daimiel y vecino de Belmonte, se encuentra en el Archivo Diocesano Conquense, Leg. 437, Núm. 6169. Fue iniciado por el Santo Oficio de la Inquisición en la ciudad de Cuenca el 20 de Diciembre de 1633, siendo miembros del tribunal los inquisidores D. Sebastián de Frías, D. Enrique de Peralta y Cárdenas y D. Ramón Rodríguez de Monroy.
- (2).- D. Bernardino de Cuellar y Medrano fue un hidalgo natural y vecino de Cuenca que estuvo cautivo en Argel tres años y dos meses. Fue llamado a declarar en el Santo Oficio de la Inquisición en Cuenca el 10 de enero de 1634. Le tomó juramento el inquisidor D. Sebastián de Frías.

IMÁGENES DE NUESTRA HISTORIA



Equipo de fútbol años 60 - Foto: José Moral



Años 50. Traslado desde Cuenca a Belmonte de los restos de los mártires trinitarios.
Foto del Padre Félix (trinitario).

COCINA DE NUESTRA TIERRA. POR MAXI

SARDINAS MARINADAS CON PIPIRRANA

Ingredientes para 6 personas:

Pipirrana: 1 pimiento, 1 pepino, ½ cebolla, 2 dientes de ajo, 1 patata mediana cocida, ½ vaso de aceite de oliva, un poco de vinagre, sal y pimienta al gusto y agua fría.

Marinada: 24 sardinas pequeñas, ½ cebolla, 3 dientes de ajo, ½ litro de vino blanco, ½ vaso de vinagre, ½ vaso de agua, 20 granos de pimienta negra, una rama de tomillo, perejil, 2 hojas de laurel, un poco de eneldo, sal gorda.

Preparación: Ponemos las sardinas sin cabeza y limpias de tripas sobre una capa de sal gorda y tapamos con otra, guardamos en el frigorífico unas 6 horas. Las sacamos y limpiamos de piel y espinas, a continuación las ponemos en una fuente o cualquier otro recipiente con la marinada y guardamos otras 12 horas, aproximadamente hasta la hora en la que vaya a ser servido.

Preparamos el pipirrana en la batidora con todos los ingredientes creando una crema ligera y guardamos en el frío.

Presentamos poniendo en el fondo del plato una capa de crema de pipirrana y encima las sardinas decoradas con un poco de cebollino.

LOMO A LA SAL CON ACEITE AROMÁTICO

Ingredientes para 6 personas:

Para el lomo: 1 y ½ kg. de cinta de lomo (más bien lomo alto), sal gorda en cantidad suficiente para cubrir toda la pieza, 3 ó 4 kg.

Para el aceite: ½ litro de aceite de oliva virgen, 3 ramas de perejil, 3 ramas de albahaca, 1 cucharada de moca de estragón, 4 dientes de ajo limpios hechos láminas.

Preparación: En una fuente de horno ponemos una capa de sal de unos 2 cm. de espesor, secamos el lomo con un paño y lo ponemos sobre la capa de sal y lo vamos cubriendo con más sal amontonando con las manos hasta conseguir una cobertura de unos 2 ó 3 cm. de espesor.

Lo ponemos en el horno, previamente calentado, 1 hora y media. Podremos saber si está hecho si al pinchar con una aguja el lomo no se engancha ni suelta jugos.

El aceite: Ponemos el aceite en una sartén y calentamos al fuego hasta que esté casi humeando, añadimos las hierbas y los ajos y retiramos del fuego; lo pasamos por un colador y reservamos.

Presentación: Rompemos la sal y limpiamos el lomo con cuidado, ponemos en una fuente hecho medallones y añadimos el aceite batido por encima.

TORTILLAS DULCES Y HELADO DE VAINILLA

Ingredientes para 6 personas:

6 huevos, un bloque de helado de vainilla, 125 gr. de azúcar, 100 gr. de mantequilla, una copa de ron negro, una copa de cointreau, un poco de aceite de girasol y una pizca de sal.

Preparación: Batimos los huevos con una pizca de sal y 25 gr. de azúcar, ponemos una sartén con un poquito de aceite de girasol y vamos haciendo las tortillas azucaradas, y reservamos. Ponemos otra sartén con la mantequilla y el azúcar hacemos un almíbar y añadimos los licores, calentamos y flameamos con cuidado de no quemarnos.

Presentación: Ponemos una tortilla en cada plato, un trozo de helado y bañamos con el almíbar por encima.

BELMONTE SE MUEVE

Me gusta mi pueblo y las personas que lo habitan.

Me siento orgulloso de haber nacido en este bello Municipio de Castilla-La Mancha.

Y me agrada comprobar el interés e inquietud de las distintas Corporaciones Locales que lo han gobernado y administrado, a través de los tiempos, para conseguir su mejora y progreso en todos los órdenes.

Hoy, como belmonteño, quiero dejar constancia de mi reconocimiento y gratitud a la actual Corporación, por estar haciendo realidad una aspiración largamente sentida por la comunidad vecinal: la restauración y rehabilitación de su patrimonio histórico-artístico.

Dicha materia competencial viene recogida en el artículo 25 de la vigente Ley Básica de Régimen Local, y los regidores de Belmonte han demostrado la loable sensibilidad de no desconocerla, antes al contrario, incluirla, como una de sus prioridades, en el Programa de Actuación Municipal.

Recuperar y conservar el rico legado de nuestros antepasados era un objetivo difícil de afrontar ya que, con resignación pasiva, presenciábamos su gradual pérdida y deterioro. Como botón de muestra y en relación con el Palacio Viejo, fundación y residencia del infante Don Juan Manuel, reproduzco seguidamente las líneas que la profesora M^a Águeda Castellano Huerta dejó impresas en su libro sobre Belmonte (II Premio de Turismo, Everest, 1981): "la ruina, que obligó a la comunidad religiosa dominica a abandonarlo, se ha acrecentado con estos años. La esperanza de darle un destino acorde con su estructura va desapareciendo lamentablemente y pocas posibilidades

para sobrevivir se le ofrecen". Pues bien, entre la gloria del ayer y el reto del mañana, gracias a Dios y a la firme decisión de la pasada y presente Corporación Municipal: SOBREVIVIRÁ Y TENDRÁ UN DESTINO CONCRETO.

Por tanto, es motivo de alegría y satisfacción que la villa de Belmonte recobre el señorío del que gozó, materializado en sus calles y edificios, la señal de su singularidad dentro de la diversidad local. En tal sentido, por conocidas, no me extenderé en el comentario de las obras ejecutadas y en vías de realización (Colegio Compañía de Jesús, Convento PP. Trinitarios, Hospital de San Andrés, Ermita Virgen de Gracia y San Antón-Santa Lucía, Casa Museo Fray Luis de León, Palacio Infante Don Juan Manuel, Colegiata), ni tampoco en glosar los beneficios sociales que está reportando la modalidad utilizada de Escuela-Taller, en fases sucesivas; iqué agradable vivencia observar a jóvenes de ambos sexos recomponer con ilusión, esfuerzo y maestría, las piedras puestas un día por sus mayores y que yacían en el olvido...!

Con este actuar, se salda una deuda pendiente en coherencia con la historia, cuya autoría y honor debe atribuirse a los corporativos que últimamente han dirigido los destinos del pueblo, algunos repitiendo mandato y con gestión eficaz en las áreas de trabajo asignadas, a mi juicio. Al respecto, hago mención especial del Concejal-Delegado de Relaciones Institucionales Don Vicente Romera Huerta, un concejal que, además, robando horas a su merecido descanso, a cualquier hora del día se le encuentra regando y quitando malas hierbas a las plantaciones del común, al arbolado público de los bajos del atrio y exteriores de la

Colegiata, ejemplo admirable a imitar por insólito y poco frecuente. Así mismo, por su buen hacer, se merece, una felicitación la Concejala-Delegada de Cultura Doña Cristina Almodóvar Moreno.

En la tarea de restauración de reliquias monumentales de Belmonte no podemos silenciar el indiscutible mérito del párroco Don Luis Andújar Ortega, aplicado a su obra más querida: La Colegiata de San Bartolomé. El resultado está a la vista, para deleite de los sentidos y armonía de los sentimientos, más bonita y remozada que nunca, y el artífice del milagro Don Luis, su voluntad y constancia premiada. Gratitud igualmente para la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha por la importante ayuda dispensada "un dinero bien gastado, que continúe...". No vería equitativo concluir el abanico de merecidos elogios sin reseñar

otro hecho digno de resaltar: la rehabilitación del Palacio de Buenavista, otro edificio emblemático rescatado de la ruina por la acción altruista de un grupo de personas amantes del lugar.

Y, como espectador de los acontecimientos, aplaudo a los protagonistas, a todas las personas, que con ilusión renovada, hacen posible que Belmonte se mueva, apuntando otro desafío pendiente y todavía mayor que los superados hasta ahora: **EL CASTILLO** ¡fuera apuntalamientos y manos a la obra ya, para que no sea demasiado tarde! Desde el querido rotativo EL DÍA-CUENCA lanzo un SOS, un aviso de extrema emergencia a todas las Administraciones Públicas (Comunitaria, Estatal, Autonómica, Provincial y Local) en demanda de prontas soluciones.

Fabián Pozo Hurtado

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

Si quieres hacerte socio, dirígete a una de las entidades bancarias de nuestro pueblo rellenando previamente este impreso:

Sr. Director del:

- ☐ Banco Popular (N.º cuenta: 70/06506-25)
- ☐ Caja de Ahorros de Castilla La Mancha (N.º cuenta: 46/0012000723)
- ☐ Caja Rural (N.º cuenta: 3064 0490 67 1003860317)

Muy Sr. mío:

Le ruego tenga la amabilidad de cursar las instrucciones oportunas para que, hasta nuevo aviso, sea abonada de mi cuenta la cuota anual de 1000 ptas. a la Asociación Cultural "Infante D. Juan Manuel" de Belmonte (Cuenca).

D.N.I. _____

Libreta o C/C n.º _____

Nombre _____

Calle _____ n.º _____ Pta. _____

Población _____ C.P. _____ Provincia _____

Firma y Fecha.

***Si quiere colaborar en la publicación de esta revista, diríjase a
D. José Manuel Zarco Resa. 16640 BELMONTE (Cuenca)***